

Ian
Gibson

Hacia la República Federal Ibérica



Reflexión y sueño
de un hispanista irredento


ESPASA

IAN GIBSON

HACIA LA REPÚBLICA FEDERAL IBÉRICA

Reflexión y sueño de un hispanista irredento


ESPASA

© Ian Gibson, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 453-2021
ISBN: 978-84-670-6146-8

Imágenes de interior: © Gtres; AESA; ANC; © L. Mouton/AHDABC; © Archivo ABC;
© Charles Trampus/Archivo ABC; © Juan Carlos Hidalgo/EFE; © Quique García/EFE;
© Olivier Hoslet/EFE; Album; © Museo Arqueológico Nacional; © Christina Fallara/
Writer Pictures; Alamy; ACI.
Mapa de la página 183: Jesús Sanz (jesussanz.com)
Iconografía: Grupo Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

DE ENTRADA...	13
---------------	----

PRIMERA PARTE «COSAS DE ESPAÑA»

1. ESPAÑA AMOR, ESPAÑA RABIA	19
Hispanistas	19
Por fin, el genocida fuera	21
Rajoy, Casado, Hernando...	26
Y ahora, ¿qué hacer con Cuelgamuros?	31
«Las Trece Rosas» y el Cementerio de la Almudena	34
¿Un Museo de la Memoria en Madrid?	38
La «Reconquista» y la «toma» de Granada	41
Empezando a ser hispanista	48
La Escuela de Traductores de Toledo	55
2. EN BUSCA DE LA ESPAÑA PROFUNDA	59
<i>En torno al casticismo; Ideárium español</i>	59
Antonio Machado, <i>Campos de Castilla</i>	70
Árabe y castellano	74

ÍNDICE

Sangre limpia, sangre manchada	82
El moro Ricote	90
El tren perdido del «Sexenio Progresista»	93
La República de once meses	99
Gerald Brenan y la carencia de biografías en España .	103
El Cementerio Civil de Madrid	106
Pedro Sánchez con Azaña y Machado, sin olvidar Mauthausen	111
Pactos, pactos... ..	112
3. GOBIERNO DE COALICIÓN, PANDEMIA	115
La «toma» de Granada y Vox	115
Investidura, por fin	117
La perseverancia de Esquerra Republicana	125
<i>España invertibrada</i>	126
Ortega Smith, otra vez... y ahora Miguel Hernández ...	132
Soria en el alma	136
Abascal <i>über alles</i>	137
Páginas de un diario coronavírico	139

SEGUNDA PARTE

IBERISMO, REPÚBLICA

4. POR IBERÍA CON ESTRABÓN	167
5. PORTUGAL, EL HERMANO MENOSPRECIADO	179
Desconexión	179
A la búsqueda de Turobriga: una aventura transfron- teriza inesperada	186
Fernando Pessoa y la <i>Mãe Ibéria</i>	192
Unamuno y <i>Por tierras de Portugal y de España</i> (1911) ..	205
Saramago y el iberismo	208

ÍNDICE

El Partido Ibérico Íber y el Movimiento Partido Ibérico	212
La XXX Cumbre Hispano-Lusa	216
Iberolux	219
Portugal y el coronavirus	221
6. CATALUÑA, IBERISMO Y FEDERALISMO	225
Una reflexión de Richard Ford	225
El avance del iberismo catalán	229
Joan Maragall	231
Maragall y Ribera i Rovira	234
«Himne Ibèric» y «Or de Llei»	238
<i>Iberisme</i>	242
Jacint Verdaguer	249
La propuesta federal del PSOE	254
Josep Borrell, «traidor»	259
Francesc Pujols y los catalanes	262
7. IBERIA REPUBLICANA, PLURINACIONAL, VERDE Y EN PAZ	265
«Indisoluble unidad»	265
Los vascos... y la BBC	268
<i>¿Delenda est monarchia?</i>	276
La Cámara Territorial	281
Memoria Democrática	284
Cataluña, ¿y ahora qué?	289
Iberia será verde... o no será	290
Ibericidad, en fin	294
AGRADECIMIENTOS	297
NOTAS	299
BIBLIOGRAFÍA	319
ÍNDICE ONOMÁSTICO	325

PRIMERA PARTE
«COSAS DE ESPAÑA»

Cosas de España: la expresión, frecuente entre todas las clases, sirve para que los nativos indiquen lo que o bien no pueden o no quieren explicar a los extranjeros.

RICHARD FORD, *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home*, 1845.

1

ESPAÑA AMOR, ESPAÑA RABIA

*Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.*

ANTONIO MACHADO, «El mañana efímero»¹

HISPANISTAS

Alrededor del mundo, a veces en los rincones más insospechados, más peregrinos, hay hispanistas: gente rara que, siendo extranjeros, nos dedicamos profesionalmente a las «cosas de España». A veces los departamentos universitarios correspondientes tienen una sección especializada en Cataluña y, dando el salto al otro lado de la frontera, en Portugal. Historiadores, filólogos, biógrafos, ensayistas... Incluso hay quienes se afanan indagando sobre algún aspecto de Iberoamérica. Que yo sepa, no hay palabra específica para describir a los foráneos (o sea, «los de fuera») que se devanan los sesos investigando, de manera vocacional, aspectos culturales de, por ejemplo, Francia, Italia, Alemania, Irlanda o Inglaterra. ¿Es que España, otra vez, resulta ser diferente? Creo que sí, por razones, o por lo menos algunas de ellas, que iré sugiriendo en estas páginas.

Páginas que empiezo en Madrid a principios de diciembre de 2019 y que espero llevar a buen puerto, si hay suerte, hacia el otoño de 2020.

Para entrar en materia diré, primero, que, llegada a este último mes del año, la política española me tiene hecho polvo, con tantas consultas electorales, tanta procrastinación, tanto egoísmo flagrante, tantas expectativas frustradas, tanto «bloqueo» de iniciativas legislativas y tanta renuencia a dialogar en interés del bien común. Si pronto no hay investidura de Pedro Sánchez y se convocan nuevos comicios, estoy convencido de que la situación va a ser aún más devastadora.

¿Es que los habitantes de este país son masoquistas decididos a no ponerse nunca de acuerdo sobre nada, a estar siempre a la gresca, enfrentados? ¿Es que son incapaces de buscar soluciones de compromiso, transacciones? ¿Es que quieren perder una vez más el tren del progreso, cuando hay tanto que hacer y mejorar, tanto que ofrecer al mundo, y tantos factores obrando a favor de una España plenamente integrada en Europa y cuando nadie habla aquí, ni por asomo, de un Brexit ibérico?

Hace unos días, la militante socialista más anciana del país, Ángeles Flórez, *Maricuela*, nacida en 1918, advirtió del grave problema que constituye el ascenso de Vox, recordando que en Francia, venido el momento crucial, los socialistas tuvieron la sensatez y la visión política, ante la amenaza de Le Pen, de apoyar a Jacques Chirac. «Con todo lo que vi en mi vida —dijo Flórez—, no puedo comprender que una nación que estuvo cuarenta años con una dictadura ahora vea lo que pasa y no haga nada... Es como para morirse. Si estuviese del corazón, creo que me moriría [...]. ¡Está avanzando la extrema derecha y los dejan tan tranquilos! ¡No hay que dejarlos pasar! Yo deseo que España tenga una derecha normal, una derecha que defienda sus ideas, pero que,

cuando haya un peligro para España, se unan todos los partidos».²

¡Ay, Maricuela de mi alma, Vox está porque muchos españoles lo han decidido así! Yo también deseo que España tenga *una derecha normal*. No la tiene todavía. ¿La tendrá un día? Los dioses lo quieran. La de ahora no parece haber aprendido nada en décadas. Albert Rivera, que empezó muy bien, que prometía, que tenía un mensaje de centro para toda España, ya está fuera de juego, tras el fracaso de Ciudadanos en las últimas elecciones. Se ha ido de rositas y nadie, ni su propio partido, habla de él, como si no hubiera existido. Bueno, casi nadie, pues sí ha tenido algo que decir al respecto, y no para bien, su «padrino político», Francesc de Carreras, cofundador del partido y muy decepcionado con el viraje de Rivera a la derecha. Los de Ciudadanos se han visto reducidos a solo diez escaños en el nuevo Congreso, lo que no les impide seguir poniendo pegas a la investidura de Sánchez, ellos, que hace dos años, con más de cincuenta, casi lograron formar Gobierno con él. Es como si aquí no hubiera nada estable, como si siempre estuviéramos pisando un tremedal capaz, en cualquier momento, de tragarnos definitivamente. Lo expuso con amargura Antonio Muñoz Molina, en 2013, en su estupendo alegato *Todo lo que era sólido*.

Pese a tanta desesperación, sin embargo, algo de importancia trascendental acaba de ocurrir. Algo que me impide perder la esperanza en el cercano alumbramiento, que tanto deseo, de la España tolerante, culta y dialogante.

POR FIN, EL GENOCIDA FUERA

El 11 de septiembre de 2018 el Congreso de los Diputados aprobó, con la abyecta abstención del Partido Popular, la exhumación de Francisco Franco Bahamonde. Estuve aquella maña-

na en la tribuna pública. ¡Qué emoción, después de tanta espera! Luego todo resultó muchísimo más difícil y prolongado de lo previsto. El 24 de octubre de 2019 —fecha para la Historia con mayúscula—, el Gobierno en funciones de Pedro Sánchez, con la muy tenaz ministra Carmen Calvo en primera línea (con visita peliaguda al Vaticano incluida), consiguió por fin salirse con la suya y sacar al dictador del Valle de los Caídos. Ello tras superar, una por una, las pegas sucesivas puestas por la familia y sus abogados, los blanqueadores y nostálgicos del régimen —entre ellos, casi doscientos militares franquistas que firmaron un manifiesto de protesta—, jueces conservadores, el prior falangista de los benedictinos a cargo de la basílica de Cuelgamuros, y hasta el Tribunal Supremo (que nos asombró con la noticia de que, a partir del 1 de octubre de 1936, Franco, y no Manuel Azaña, fue jefe de Estado de España).³

La operación de exhumación y traslado de los restos del dictador al cementerio de Mingorrubio, en El Pardo, se efectuó con la máxima profesionalidad, discreción y dignidad, presidida, en su calidad de notario mayor del Reino, por la ministra de Justicia, Dolores Delgado, a quien vimos en la explanada de la basílica como una diosa griega, hierática, impasible, sin que se le moviera un músculo de la cara.

La extracción del ataúd se había llevado a cabo sin la presencia de los medios de comunicación, con la única asistencia, además de la ministra y los operarios, de los familiares de Franco.

Los despojos mortales del genocida, transportados en helicóptero —había otro por si acaso algo fallara—, fueron depositados inmediatamente en el panteón familiar, donde yacían, desde 1988, los de su viuda, María del Carmen Polo. Ello a dos pasos de la que había sido residencia oficial de Franco durante cuatro décadas (ilustración 1).

Tuve la suerte y el privilegio de ser uno de los invitados aquella mañana al programa *Al rojo vivo*, de La Sexta, dirigido por Antonio García Ferreras. Ello me permitió no solo seguir, en las distintas pantallas del plató, el minuto a minuto de lo que ocurría en las afueras de la basílica de Cuelgamuros, sino, además, declarar públicamente que se trataba de uno de los días más felices de mi vida. Tenía la sensación, al decirlo, de estar representando de alguna manera, aunque por supuesto no oficialmente, a muchos miles de hispanistas que, alrededor del mundo, aman este país y desean su progreso. Porque, ¿cómo dudarlo?, la inmensa mayoría de ellos no podíamos sentirnos indiferentes ante la vergüenza de una España que, casi medio siglo tras la muerte de Franco en 1975, seguía manteniéndolo, con todos los honores, en el tétrico mausoleo en el cual se amontonaban los huesos de más o menos doce mil de sus víctimas, vilmente arrancadas de sus fosas comunes sin el permiso de sus familias.

Lo más bochornoso de todo el largo proyecto de exhumar al dictador había sido la determinación de los suyos, anunciada inesperadamente, a bombo y platillo, de trasladarlo —caso de resultar inevitable el desalojo de Cuelgamuros— a la cripta neorrománica de la catedral de La Almudena, situada en pleno corazón de Madrid. Cripta donde no solo yacen los restos de su hija, Carmen Franco Polo, al lado de los de su marido, Cristóbal Martínez Bordiú, sino en la cual la familia posee dos tumbas vacías.

La noticia saltó el 26 de septiembre de 2018. Se trataba de una jugada genial de los Franco.

¿Cómo era posible que el Gobierno en funciones de Pedro Sánchez y sus asesores no se hubiesen dado cuenta del nuevo peligro que se cernía sobre el proyecto de exhumación? ¿Que ningún periodista llamara previamente la atención sobre la pre-

sencia, en la cripta, de la hija del dictador y su marido, además de las tumbas desocupadas? Parecía mentira.

La jugada había sido genial, sí, cogiendo al Ejecutivo por sorpresa. Tener al Caudillo en La Almudena, además, habría conllevado para la familia y los nostálgicos del régimen enormes ventajas añadidas, por la ubicación del templo al lado de la Plaza de Oriente, tan identificada con el dictador. Con sus restos allí, estarían garantizadas, en el epicentro turístico de la ciudad, la crispación, las manifestaciones y las peregrinaciones «ultra».

Surgió enseguida la duda de si la Iglesia permitiría el sepelio del dictador en el recinto, para mayor inri con los honores militares que exigían los suyos. El tira y afloja duró meses. En ningún momento el Vaticano declaró formalmente que una catedral católica no podía albergar, ni en España ni fuera, a un genocida. Fue de su parte, según mi criterio, una traición.

La Conferencia Episcopal española tampoco se pronunció al respecto con rotundidad. En uno de sus primeros comentarios, el arzobispo de Madrid, Carlos Osoro, dijo que la Iglesia no estaba en condiciones de oponerse al traslado de los restos del dictador a la cripta, ya que la familia tenía allí en propiedad una tumba vacía. Añadió, además, no saber «absolutamente nada» del caso, toda vez que ni los Franco ni el Gobierno habían estado en contacto con él para hablar del asunto.⁴

La mera posibilidad de que los despojos del Caudillo pudiesen yacer debajo de la catedral madrileña constituía un escándalo que se comentó profusamente en la prensa extranjera. Si ya era una vergüenza para España tenerlos todavía en el Valle de los Caídos, ahora se planteaba algo mucho peor. Hubo comentaristas que apenas se creían el cinismo que suponía el despropósito.

En la basílica del Valle de los Caídos, el Caudillo había ocupado durante más de cuatro décadas el puesto de honor, justo detrás del altar mayor, donde, según ha recordado Enrique Moradiellos, «suelen situarse las tumbas de los santos: el lugar de la tumba de san Pedro en el Vaticano en Roma o de Santiago en la catedral de Compostela».⁵

En puridad, Franco nunca debió haber estado allí, ya que el panteón, en su concepto original, iba destinado únicamente a los muertos del bando nacional, a los fallecidos «por Dios y por la Patria». No fue uno de ellos y abandonó este mundo en su cama en 1975 (bien atendido espiritualmente y, hay que imaginarlo, con la conciencia tranquila). Jamás, que se sepa, expresó por escrito el deseo de estar en Cuelgamuros.

Todo había quedado explícito en el decreto del 1 de abril de 1940 que puso en marcha aquel alucinante proyecto enaltecedor, cuyo preámbulo se iniciaba así:

La dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya, no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos salientes de nuestra Historia y los episodios gloriosos de sus hijos.

Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido, que constituyan lugar de meditación y de reposo en que las generaciones futuras rindan tributo y admiración a los que les legaron una España mejor.

A estos fines responde la elección de un lugar retirado donde se levante el templo grandioso de nuestros muertos que, por los siglos, se ruegue por los que cayeron en el camino de Dios y de

la Patria. Lugar perenne de peregrinación, en que lo grandioso de la naturaleza ponga un digno marco al campo en que reposan los héroes y mártires de la Cruzada.⁶

El dictador se había dedicado en cuerpo y alma a la construcción del «templo grandioso». En su libro *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, publicado en 1976, Daniel Sueiro observó que a pocas pasiones se había entregado Franco más ciegamente y que a veces aparecía allí de improviso «para permanecer horas y horas recorriendo galerías, estudiando proyectos, rectificando planos».⁷

Parece cierto que fue Juan Carlos de Borbón y su camarilla quienes dispusieron el sepelio del Caudillo en Cuelgamuros. ¿Quizá para evitar que se llevara a cabo en El Escorial, cerca de los reyes de España? No lo sé. De todas maneras, resultaría ser un error de consecuencias nefastas.

RAJOY, CASADO, HERNANDO...

La derecha neofranquista, ahora con Vox a la cabeza —envalentonada con los 52 escaños, nada menos, sacados en los comicios de noviembre—, se niega tajantemente a reconocer la criminalidad inherente de la dictadura. Lo ha demostrado en un sinfín de declaraciones sobre los todavía desaparecidos del régimen, aproximadamente 115.000. Declaraciones recogidas por la prensa y, para quienes quieran, fácilmente recuperables en Internet.

No puedo olvidar que Mariano Rajoy, al llegar el Partido Popular (PP) al poder en 2011 con mayoría absoluta, no tardó un momento en cerrar la oficina de La Moncloa dedicada a las

familias de las víctimas en virtud de la Ley de la Memoria Histórica de 2007. No se derogó esta, es cierto, pero en la práctica se dismanteló. Rajoy se jactó en más de una ocasión de no haber gastado ni un solo euro en implementarla. Bajo su mandato, además, no se retiró, ignorando dicha ley, «ni uno de los vestigios franquistas aún presentes en ministerios y organismos públicos».⁸

En julio de 2014, el grupo de trabajo de la ONU sobre desapariciones forzadas envió al Gobierno del PP un informe durísimo sobre las cunetas del franquismo, instándole a atender a las familias de los fusilados. El documento ofreció al Ejecutivo un plazo de noventa días para indicar las medidas que se tomarían para atender sus cuarenta y dos recomendaciones. Entre estas, la de poner a disposición del público la base de datos elaborado por la Audiencia Nacional durante la abortada investigación del juez Baltasar Garzón. Como era de esperar, la ONU no consiguió la más mínima colaboración del Gobierno.⁹

Se ha podido constatar, numerosas veces, el desprecio explícito hacia los desaparecidos por parte de destacados políticos del PP, sobre todo Pablo Casado y Rafael Hernando. El primero declaró en un mitin de su partido en enero de 2015: «Son unos carcas. Están todo el día con la guerra del abuelo, con la fosa de no sé quién, con la Memoria Histórica...». Y el segundo se atrevió a decir, en una entrevista con La Sexta: «Lo que ocurre es que algunos se acuerdan de su padre, parece ser, cuando hay subvenciones para encontrarle» (subvenciones suculentas, se sobreentendía).¹⁰

El periodista Juan Cruz le preguntó a Casado aquel otoño si se arrepentía de lo dicho. «La frase no es adecuada —contestó—. Decir que “los de izquierdas son unos carcas” no es adecuado porque no lo son. Ni los de derechas tampoco. Carcas son los carcas». Cruz insistió: ¿por qué, entonces, lo había dicho? Res-

puesta: «Porque fue un mitin en el que se estaba diciendo que la ley era equivocada por reabrir heridas. Probablemente no me expresé bien, porque evidentemente eso no es verdad. Los políticos hablamos demasiado rápido». «Un mitin tiene sus tiempos —añadió—: tienes que decir en diez minutos algo que conecte y entusiasme». Cruz no se dejó convencer. ¿Fue imprescindible afirmar algo que no era cierto? «No, es un error. Por cierto, lo han dicho mil veces de nosotros y no ha sido noticia. ¡Pero en diez años de vida política solo me pueden sacar esa frase!». ¹¹

Casado había tenido la decencia de reconocer su error, por lo menos, lo cual era de agradecer. Pero lo dicho, dicho quedaba.

¿Y Hernando? A mediados de agosto de 2018 la periodista Natalia Junquera le preguntó si con aquel exabrupto no se había «pasado cuatro pueblos». Admitió que sí: «Lo que quería decir es que la mayoría de fondos de la Memoria Histórica no se dedicaron a que las personas pudieran recuperar los restos de sus abuelos». La excusa ofrecida por la brutal calumnia proferida era patética, además de falaz, pues Hernando había articulado aquellas palabras con toda intención. ¹²

Personas capaces de decir tales barbaridades no se tolerarían en Alemania, donde Angela Merkel, en una reciente visita oficial al campo de exterminio de Auschwitz, se expresó «profundamente avergonzada» de «los atroces crímenes» cometidos allí por los nazis, que iban «más allá de todos los límites imaginables». ¹³ «Es importante nombrar claramente a los responsables, nosotros los alemanes —enfaticó—. Y esa es una responsabilidad que no termina, que no es negociable y que es indisociable de nuestra identidad nacional». ¹⁴

Unos días después Xavier Vidal-Folch comentaba, con sobrada razón, que a la canciller alemana jamás se le ocurriría pactar con «la ultraderecha parafascista» de su país. ¹⁵

Se acababa de morir el gran teólogo cristiano alemán, radicalmente inconformista, Johann Baptist Metz. En su obituario, Juan José Tamayo subrayó que Auschwitz constituía «el centro de la reflexión» de Metz, que se preguntaba cómo se podía hablar de Dios después de haberse perpetrado tal vileza.¹⁶ Es notorio y bochornoso que, en este sentido, la Iglesia española nunca haya condenado rotundamente el genocidio de Franco, a quien, para más inri, se le permitía entrar en sus templos bajo palio.

La derecha española no siente vergüenza por la criminalidad del régimen franquista, como digo; sigue siendo negacionista; y se limita a repetir que hubo «barbaridades» en los dos bandos. Y ello es gravísimo. España tiene todavía en cunetas, ya lo he recordado, a unas ciento quince mil personas fusiladas por el régimen anterior. O sea, unos ciento quince mil desaparecidos forzosos. Solo la supera en este sentido Camboya. Todo el mundo entiende que, durante una contienda fratricida, ambos bandos cometan crímenes. Otra cosa es que un dictador, que además se proclama católico y líder de una cruzada cristiana contra los «rojos», se dedique, ganada su guerra, a liquidar a decenas de miles de compatriotas.

Se trataba, ni más ni menos, que de un crimen de lesa humanidad.

La carnicería empezó nada más iniciarse la contienda, concretamente con la matanza de la plaza de toros de Badajoz, ordenada —y nunca negada— por quien la perpetró, el teniente coronel Juan Yagüe Blanco. Después de ganada la guerra, siguieron las ejecuciones en masa. Aquella actuación, como es obvio, era absolutamente ajena a la caridad cristiana. ¿Y cómo olvidar la felicitación de Pío XII telegrafiada a Franco por su triunfo sobre los sin Dios? «Levantado nuestro corazón al Señor, agra-

decemos sinceramente con V. E. deseada victoria católica España, hacemos votos porque este queridísimo país, alcanzada la paz, emprenda con nuevo vigor sus antiguas cristianas tradiciones, que tan grande la hicieron. Con estos sentimientos efusivamente enviamos a V. E. y a todo el noble pueblo español nuestra apostólica bendición». ¹⁷

En vísperas de ganar la guerra, Franco había obtenido de sus asesores jurídicos la redacción de una de las leyes más infames jamás concebidas en este o cualquier país. Ley que hoy debería de ser objeto de estudio en todas las clases de historia del Estado: la de Responsabilidades Políticas, fechada el 9 de febrero de 1939. La norma, retroactiva, convertía en reos a las personas «tanto jurídicas como físicas que, desde el 1 de octubre de 1934 y antes de julio de 1936, contribuyeron a crear o agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima España, y de aquellas otras que a partir de la segunda de dichas fechas se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave». ¹⁸

Sería difícil concebir un documento más ruín, más desalmado, que transformaba en criminales a quienes habían actuado con toda legitimidad, antes de la sublevación, dentro de coordenadas legales.

Los restos de Franco, en fin, y pese a todas las dificultades y pegas puestas por los nostálgicos, salieron de Cuelgamuros en helicóptero el jueves 24 de octubre de 2019 y, como he dicho, fue uno de mis días más felices. Supuso un alivio no solo para millones de españoles no afines al franquismo, sino para la derecha moderada de este país, que la hay, aunque ningún político del PP, si no me equivoco, ha tenido la decencia de admitir su satisfacción al respecto públicamente. ¿Y cómo no iba a ser un alivio para la derecha moderada, toda vez que, con el dictador

genocida en Cuelgamuros, España constituía ante los ojos del mundo entero, y, sobre todo, de la Unión Europea, una anomalía vergonzosa?

Por otro lado, observo que, con Franco en Mingorrubio, nadie o casi nadie está cuestionando ya la exhumación o hablando de devolverle, si en el futuro se dan las condiciones, al Valle de los Caídos, aunque me imagino que su familia sigue acariciando tal eventualidad. Y es que España es así: se arma la de Dios es Cristo cuando se propone un cambio radical de algún tipo —pagar más impuestos, el divorcio, el matrimonio gay, el aborto, no fumar en bares y restaurantes— y, al día siguiente de producirse, todo el mundo acepta lo ya inevitable y se adapta sin problemas a la nueva situación. Incluso, por lo que le toca al tabaco, no pocos parroquianos se muestran hoy dispuestos a admitir que sí, que es preferible no envenenar al prójimo, y que, caso de querer suicidarse uno mismo, mejor hacerlo en la calle.

Y AHORA, ¿QUÉ HACER CON CUELGAMUROS?

Queda pendiente el problema de cómo «resignificar» el Valle de los Caídos. Si Pedro Sánchez logra ser investido y tenemos por fin un Gobierno progresista de coalición, habrá que resolver el asunto con la mayor premura posible, así como promover con urgencia la exhumación de las decenas de miles de fusilados por el régimen franquista que siguen abandonados alrededor del país en ignominiosas fosas comunes.

El primer paso, a mi juicio, será disolver la Fundación de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, creada por un decreto ley de 1957 para «rogar a Dios por las almas de los muertos en la Cruzada Nacional, impetrar las bendiciones del Altísimo para Espa-

ña y laborar por el conocimiento e implantación de la paz entre los hombres sobre la base de justicia social cristiana». ¹⁹ Encomendada la tarea a la comunidad benedictina, esta recibía una subvención anual cuantiosa, sistema que siguió en pie tras la muerte de Franco. Mantener el Valle de los Caídos desde su creación ha costado al Estado hasta hoy una cantidad astronómica (10 millones de euros entre 2008 y 2018). Pese a lo cual se encuentra ahora en un estado de notable deterioro, con muchas filtraciones de agua y grietas. ²⁰

En 2011, cuando todavía gobernaba José Luis Rodríguez Zapatero —le quedaba poco tiempo—, el entonces ministro de la Presidencia, Ramón Jáuregui, encargó una comisión de expertos para deliberar sobre el futuro del recinto. Luego, con el triunfo electoral aquel noviembre del PP, tan opuesto al espíritu de la Ley de la Memoria Histórica, todo se paralizó cínicamente, como recordarían en 2017, dolidos, Jáuregui y Carlos García de Andoin, asimismo miembro de la comisión. ²¹ Otro perteneciente a esta, Francisco Fernández, antropólogo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, considera hoy, ocho años después, que el reto sigue siendo convertir el lugar en «una joya pedagógica que explique qué fue el nacionalcatolicismo, quién construyó el monumento y para qué, qué pensaba Franco en 1940 cuando lo concibió por primera vez. Las nuevas tecnologías abren muchas posibilidades». Enumera algunas a continuación: «Los historiadores de mayor prestigio podrían elaborar una guía para que el público los escuchara en su visita al complejo mientras ve en su *tablet* o móvil imágenes de las obras de construcción, del entierro de Franco... Eso transformaría totalmente al tipo de visitante: ya no irían los ultras nostálgicos, y podría ser una herramienta muy potente para que la gente joven conozca su pasado». ²²

Podría ser, sí. Pero a mi modo de ver se impone la obligación, primero, de devolver a los cementerios correspondientes, y darles allí digna sepultura, los despojos mortales de los fusilados «rojos» arrancados de sus fosas comunes sin el permiso de sus familiares y llevados a la basílica. Muchos de ellos están en un estado deplorable de conservación, mezclados a veces —dados los derrumbes acaecidos en los columbarios— con los de otras víctimas. El proceso de su identificación será largo, complicado y a veces infructuoso. En el caso de los no identificados, creo que incumbiría crear para ellos un cementerio nuevo *ad hoc*. Y, en cuanto a los «nacionales», consultar a sus familias en busca de un acuerdo y quizá disponer para ellos también un camposanto específico.

En lo tocante a los restos de José Antonio Primo de Rivera, el Gobierno optaba por trasladarlos, quizá provisionalmente, hasta una de las criptas de la basílica. Por mi parte creo que hay que devolverlos cuanto antes a sus familiares. Como se sabe, el «Ausente» fue fusilado en Alicante tras haberse defendido personalmente, con valentía y brillantez, en el juicio a que fue sometido (del cual existe una transcripción completa).²³ Dada su participación activa en el complot contra la legalidad republicana y a favor de la sublevación, habría sido casi imposible que el fundador de la Falange se librara en aquellas circunstancias de la pena de muerte, judicialmente legítima.

A mi parecer, habrá que demoler la espantosa cruz elevada sobre el lugar, la más alta (casi ciento cincuenta metros), más fea y seguramente más ofensiva de Europa y, quizá, del mundo. No puede seguir allí, pues es un insulto al Jesús que preconizaba el amor al prójimo y el perdón, virtudes nunca practicadas por Francisco Franco y su régimen y en absoluto representadas por el monumento. ¿Venderla entera al mejor postor? ¿Ponerla en

el mercado pieza por pieza, como el Muro de Berlín? ¿Algún rico terrateniente de derechas querría exponer un ángel inmenso y tremebundo, provisto de espada, en su finca de Extremadura? Pues trato hecho. Los beneficios de la venta se podrían distribuir entre organizaciones caritativas.

Desacralizado el escalofriante lugar, con la desaparición de la cruz, la salida de los benedictinos y los muertos de ambos bandos ya fuera, vuelvo a la pregunta. ¿Qué hacer con él?

Las propuestas que circulan se reducen fundamentalmente a dos: dejarlo tal cual y convertirlo en centro de interpretación, como sugiere el citado Francisco Fernández, explicando cómo fue concebido y luego construido, entre 1941 y 1959, utilizando a unos veinte mil presos republicanos; o precintarlo y permitir que la naturaleza se ocupe de su lenta destrucción, dejándolo en un simbólico montón de escombros.

Personalmente, optaría por la segunda propuesta, de acuerdo con el llorado historiador Santos Juliá («Nunca lucirá más hermoso que en sus ruinas el Valle de los Caídos»).²⁴ Y abogaría por la puesta en marcha de un centro de interpretación instalado en un edificio colindante de nueva construcción, con el énfasis principal puesto sobre las durísimas condiciones de trabajo de los presos.

«LAS TRECE ROSAS» Y EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA

No puedo seguir sin referirme a uno de los crímenes más repugnantes del régimen franquista: el fusilamiento de «Las Trece Rosas» —trece jóvenes, siete de ellas menores de edad— el 5 de agosto de 1939 (ilustración 2). Crimen consumado en las tapias del Cementerio del Este (o de la Almudena) en Madrid. La mitad de

las chicas habían pertenecido a las Juventudes Socialistas Unificadas. Según el fiscal del Consejo Permanente de Guerra responsable del caso, eran culpables, de acuerdo con la vil Ley de Responsabilidades Políticas, ya mencionada, «de un delito de adhesión a la rebelión». Se llamaban Carmen Barrero Aguado, Martina Barroso García, Blanca Brisac Vázquez, Pilar Bueno Ibáñez, Julia Conesa Conesa, Adelina García Casillas, Elena Gil Olaya, Virtudes González García, Ana López Gallego, Joaquina López Laffite, Dionisia Manzanero Salas, Victoria Muñoz García y Luisa Rodríguez de la Fuente. En realidad, fueron catorce, pues, debido a un error, se libró provisionalmente del paredón aquella mañana Antonia Torre Yela, fusilada en el mismo lugar el 19 de febrero de 1940.

El caso de «Las Trece Rosas» ha tenido una notable resonancia en la literatura, el cine y la historiografía. En vista de su patetismo y su brutalidad apenas podía ser de otra manera. Hay que destacar el libro de Carlos Fonseca, *Trece Rosas Rojas y la Rosa 14* (2004), llevado a la pantalla por Emilio Martínez Lázaro en 2007, y del cual saco mayormente estos datos.

Cada abril se viene recordando a «Las Trece Rosas» en un emotivo acto celebrado en el rincón del cementerio donde fueron fusiladas y donde cayeron otras tres mil víctimas de la vesania franquista.

Recientemente hemos tenido que soportar la infamia vertida sobre ellas por Francisco Javier Ortega Smith, secretario general y número dos de Vox y uno de los 52 diputados del partido en el Congreso. Tuvo lugar el 4 de octubre de 2019 en el programa *Los desayunos de TVE*, dirigido por Xabier Fortes. A Ortega Smith se le ocurrió referirse a los crímenes cometidos durante la Guerra Civil en las «checas» madrileñas, en las cuales, aseguró, «Las Trece Rosas» se habían dedicado «a torturar, violar y asesinar». El periodista no daba crédito a sus oídos:

FORTES: ¿Las Trece Rosas violaban?

ORTEGA SMITH: Sí, sí, cometieron crímenes brutales en las checas...

Ortega declaró pocas horas después que nunca iba a pedir perdón «por algo que es verdad», defendió su «libertad para opinar» y exigió que «nadie imponga su forma de ver la historia». «Hay que contarlo todo —siguió—, no solo una parte». Añadió que los españoles tienen «la libertad de opinar sobre cada hecho histórico lo que nos venga en gana».²⁵

De padre español y madre argentina, Ortega Smith (Madrid, 1968) es primo del general de división en la reserva Juan Chicharro Ortega, presidente ejecutivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, con quien tiene, al parecer, una relación estrecha. Es fácil imaginar que desde su infancia le enseñaron a odiar a los adversarios del régimen del Caudillo.²⁶

En la sentencia de muerte de «Las Trece Rosas» (reproducida por Fonseca) no figuraban para nada los crímenes que les imputaba Ortega Smith, más papista que el Papa.²⁷

Ningún diputado de Vox quiso desvincularse de sus cínicas, ignorantes y ruines declaraciones, como era previsible, pero tampoco se oyó una condena rotunda por parte de personalidades del PP o de Ciudadanos.

Se trataba de una flagrante ausencia de ética.

El 25 de noviembre de 2019 llegó otra vez la conflictividad en torno a las víctimas del franquismo cuando el nuevo Ayuntamiento madrileño, ya en manos del PP (con el apoyo de Ciudadanos y Vox), puso en marcha una modificación radical de un proyecto del cabildo anterior: la creación en el Cementerio de la Almudena de un memorial con los nombres de todos los republicanos fusilados allí entre 1939 y 1944. ¿Cuál era el razona-

miento de los nuevos gobernantes municipales para actuar así, empezando con la desaparición de las placas ya preparadas, acto calificado por la escritora Edurne Portela como «vandalismo institucional»?²⁸ Respuesta: que entre los fusilados hubo *chequistas*, quizá varios centenares de ellos, acusados de haber asesinado a mucha gente de derechas durante los tres años de la guerra.

Ni el Ayuntamiento nuevo ni el anterior habían hecho caso a las recomendaciones, no vinculantes, del Comisionado de Memoria Histórica, creado por Manuela Carmena, en el sentido de que lo preferible sería *dos* monumentos, ambos sin nombres: uno consagrado a la memoria de los fusilados o «paseados» en Madrid por los «rojos» durante la contienda y otro para los ejecutados, terminada la misma, por el régimen franquista.²⁹ Según Amelia Valcárcel, miembro del Comisionado, este tomó la decisión «porque sus integrantes valoraron que la sociedad no estaba lista para ver a las víctimas unidas en uno solo».³⁰ El muy comedido historiador José Álvarez Junco, también comisario, estaba de acuerdo: consideraba que era mejor añadir un segundo monumento para los fusilados en Madrid durante el conflicto.³¹

Para complicar aún más el asunto, el actual alcalde del PP, José Luis Martínez-Almeida, ha propuesto un solo monumento con la siguiente inscripción, cuyas últimas cuatro palabras son una cita literal, y muy célebre, de Manuel Azaña: «El pueblo de Madrid, a todos los madrileños que del 36 al 44 sufrieron la violencia por razones políticas, ideológicas y religiosas. Paz, piedad y perdón».³²

Se trata de un obvio intento de blanquear la dictadura, de nivelar los desmanes, olvidando que fueron Franco y los demás generales antirrepublicanos quienes iniciaron las matanzas tras sublevarse, con el apoyo previo de Hitler y Mussolini, contra el Gobierno legítimo de la nación.

Me parece a mí que hay que recordar siempre, por otro lado, que a lo largo de cuarenta años el régimen franquista se encargó de desenterrar y honrar a las víctimas suyas mientras seguía castigando sin piedad a los perdedores, haciendo imposible que las familias pudiesen interesarse por los despojos de sus desaparecidos y mucho menos procurar rescatarlos. Y ahora el Ayuntamiento acrecienta el dolor. A mí todo ello me produce un profundo desconsuelo, porque demuestra, una vez más, que las derechas españolas no están dispuestas a reconocer, ni por asomo, la radical maldad del régimen de Franco. Con lo cual hacen imposible que España, que dicen amar tanto, pueda avanzar con pie firme, reconciliada de verdad y en paz, hacia el futuro.

¿UN MUSEO DE LA MEMORIA EN MADRID?

Yo apoyaría, siguiendo el proyecto del Comisionado de la Memoria Histórica del Ayuntamiento de Madrid en 2016 —proyecto descartado por los actuales mandatarios de derechas— la creación en la capital de un Museo de la Memoria que sirviera para informar acerca de las barrabasadas de la dictadura en todo el país.³³ El lugar más idóneo sería —y no solo es opinión mía— la antigua Dirección General de Seguridad (DGS) en la Puerta del Sol, hoy sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid, donde a lo largo del régimen de Franco se torturó e incluso se mató. Es realmente bochornoso que en la fachada del mítico edificio no se haya colocado hasta la fecha placa alguna recordando su siniestro papel durante la dictadura: ausencia que constituye una grave afrenta a las víctimas (y eso que uno de los peores torturadores de la DGS, Antonio

González Pacheco, apodado *Billy el Niño*, anda todavía suelto, en este diciembre de 2019, por las calles de Madrid). Emilio Silva, presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, ha declarado al respecto: «No es comprensible que un lugar [...] donde fueron ilegalmente detenidos y torturados estudiantes, militantes y homosexuales, no cuente con una placa en su fachada que explique lo que ocurrió allí dentro». «La falta de señalización —siguió— es una forma de negacionismo».³⁴

Claro que lo es. La capital está repleta, además, de otros edificios que sirvieron para usos infames durante la dictadura y que no ostentan indicación alguna acerca de estos. El historiador Antonio Ortiz lleva años identificándolos. Y la artista norteamericana Ann Burke Daly ha dedicado muchas horas a fotografiar con todo detalle sus fachadas.³⁵

Hay que recordar también la destrucción de la tan notoria cárcel de Carabanchel, que habría podido servir de museo de la memoria si no resultaba posible instalarlo en el edificio de la Puerta del Sol. Su desmantelamiento hacía pensar en la destrucción de la plaza de toros de Badajoz, escenario de la atroz matanza de miles de «rojos» ordenada por el teniente coronel Juan Yagüe en agosto de 1936.

No por nada acaba de publicar Juan Miguel Baquero un bien documentado libro con el contundente título de *El país de la desmemoria. Del genocidio franquista al silencio interminable*, con prólogo de Baltasar Garzón (Roca Editorial, Madrid, 2019).

Lisboa, a diferencia de Madrid, ha hecho los deberes en relación con la dictadura de Oliveira Salazar, más longeva que la de Franco. Es impresionante el Museu do Aljube (Museo del Aljibe), situado en el mismo edificio donde, durante cuarenta y ocho años, el régimen machacaba a sus víctimas (ilustración 3).